

EL ESTMDATE



PRECIO 25 CT

SUMARIO:

¿Movimiento escolar?.....	<i>osé A.º G. Santelices.</i>
¡Vitor!.....	<i>Luis de Zulueta.</i>
El deber del estudiante.....	<i>Luis Santullano.</i>
En esta hora histórica.....	<i>R. Llopis.</i>
Los estudiante y el porvenir de España.....	<i>F. Sainz Roldán.</i>
En la playa solitaria (Verso).....	<i>Francisco Vighi.</i>
Quienes deben enseñar.....	

NUESTROS HÉROES: Cino de Pistoya.

PIEDRAS: La Universidad de Salamanca.

PÁRAMO: Los batallones del proletariado.

GAUDEAMUS!

Portada, dibujos y viñetas de JULIO NUÑEZ

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: 1 Pts. AL MES.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: DR. RIESCO, 58, TRIPD.º (JARDIN).—SALAMANCA

EL ESTUDIANTE

Semanario de la juventud escolar española.

SALAMANCA, DOMINGO 17 MAYO 1925.—NÚM. 3.

¿Movimiento escolar?

HA de ser la sinceridad comprensiva y absoluta uno de los principios a que hemos de acogernos en esta campaña de renovación. Virtud provechosa de conocernos y desmascarar a los demás y a nosotros mismos, de reconocer las culpas y los errores, de enseñar lo que no quisieron o no supieron enseñarnos. Sol así podremos ofrecer todo el campo triste, reseco, infecundo por incultivado, sobre el que hemos de levantar, con un esfuerzo propio, un futuro que sea nuestro por que nosotros contribuimos a crearle. Y esa sinceridad que, por lo que a nosotros toca desde ahora proclamamos, ha de conducirnos muchas veces, dolorosamente y rindiendo culto a la verdad, a unas consideraciones pesimistas, con el duro y cruento pesimismo de todo lo que ahora nos rodea. Pero así, hiriendo el amor propio, derribando los falsos prestigios, despertando las conciencias con la valentía que dá el convencimiento de que se cumple un deber, podremos suscitar una reacción que nos ayude a conquistar el verdadero optimismo, que no es el falso e improvisado que se inventa como consuelo y que no consigue más que adormecer, aun más, bajo el peso de una mentira; sinó el real y sincero, el que nace espontáneamente cuando se han realizado los verdaderos ideales y cuando los espíritus pueden laborar libre y reposadamente a la sombra protectora y animosa de la verdad, la justicia y la libertad, que es comprensión y es tolerancia y es estimación.

Una interrogación al frente de estas líneas es ya bastante; nos da quizás la clave de incertidumbre y duda de los momentos actuales. Negar absolutamente no daría una clara visión de la realidad. Es preciso reconocer dos aparentes movimientos escolares: el uno el viejo, el ficticio, el que cuando es escolar no es movimiento y vicerversa, el que estima cumplir la vida y los deberes escolares con que el estudiante entre y salga de la Universidad, el que lleva al estudiante a dar colaboración y comparsa obligada o espontáneamente a todo lo que no le atañe ni interesa, comprometiendo muchas veces una situación de

independencia que es su mayor fuerza. Estamos acostumbrados a que el estudiante sea el impulsor y el sostenedor de muchas fiestas y no fiestas, que no solo no le importan sinó que entorpecen la renovación de la patria y con ella su propia renovación. A todo esto debemos negarle el calificativo de movimiento escolar que es en sus dos palabras un recurso influyente. Enfrente de ello se levanta este movimiento de ahora; notas repetidas con un tesón bien laudable y que tienden a pulir la conciencia del estudiante. ¿Podrán llamarse verdaderamente movimiento escolar? Llegarán a ser comprendidas y sentidas y practicadas por todos los estudiantes? He ahí la obra que hemos de acometer con verdadero tesón y que es por ello más noble y más estimable. No vamos a reseñar un movimiento escolar, a ensalzar un movimiento escolar; vamos a hacerle y en labor paralela no a olvidar lo viejo, con un ineficaz recurso; a destruirlo rectamente.

¡Discusión eterna e infructuosa la de si la Universidad llama o no al estudiante! Hemos pasado en ella muchos años pidiendo, ¡siempre pidiendo!, que la Universidad se hiciese asequible a los estudiantes, que se reformase; no hemos comprendido que esa reforma, ese cambio ideal (por negación sistemática o por impotencia) no llegará nunca. Y es necesario, ya, que enseñemos lo que se debe hacer y que lo impongamos. Por eso el estudiante debe trazar ante todo su plan y sentar en el su conformidad y su apoyo. Es necesario que mostremos que en siglos de tiranías, de imposiciones y de fuerzas, también el menospreciado espíritu sabe luchar e imponerse. Los estudiantes unidos y compenetrados deben mostrar a un tiempo (y como su ideal, su deber y su poder. Esta es la génesis de un movimiento escolar.

JOSE A.º G. SANTELICES

Valladolid.

Rogamos y agradeceremos la reproducción de los artículos de nuestro periódico.



Los estudiantes y el porvenir de España.

EL de España es un problema de cultura y de mortalidad: de aquella, mejor dicho, porque ésta la sigue como el caldero a la soga. Cultura en las clases directoras, cultura en las dirigidas. Y cuando todos seamos lo convenientemente cultos, habremos dado el primer paso para colocar a España al nivel que en el consorcio mundial debiera tener. Lo demás, el aprovechamiento de las energías latentes tanto tiempo ha de nuestra Patria, ya no sería problema sino corolario.

Obligación es de todas las clases sociales, contribuir a esta obra, porque patria no es sino conglomerado de individuos que deponen sus fuerzas al bien colectivo. Y quien no lo crea así, quien así no obre, ni es patriota ni tiene patria.

Pero de todas las clases sociales, hay una, la escolar, que, por sus excepcionales condiciones, es la llamada a romper con los prejuicios y con la inmoralidad social que nos agobia. Es la llamada, y es la única capaz.

Que de la Universidad (y la Universidad somos los estudiantes), como cerebro de la Nación, han de salir los que la rijan en todas sus manifestaciones vitales, es axiomático. Nosotros, por tanto, los escolares de hoy, somos la esperanza de la patria, sus hijos mimados y dilectos, llamados a redimirla.

Pero, ¡ay! que nuestros predecesores también fueron llamados y España sigue durmiendo el sueño de los justos. Culpa del plúmbeo ambiente universitario, que los hizo anodinos, y no sensibles y dolorosos; culpa de la Enseñanza superior de ayer (ayer, hoy, y tal vez mañana, en este caso son un mismo tiempo) que, en vez de formar hombres cívicamente puros, ahíto de vanas inquietudes, rebeldes—¡Hombres!—, desembuchaba de su panza ominosa felpudos burócratas o ilustres cuchipandistas: el *título* (todos lo sabemos) para muchos es moneda con que se compra una hembra barnizada de billetes y por ende una vida regalona y para otros muchos, espolique que, tras mil piruetas farandulescas, los arrellana en una poltrona, desde donde *dirigirán* las masas. (Me he confundido, perdón, he querido decir *digerirán*).

Este ambiente nos rodea. Los así formados (deformados, mejor dicho) son los que tienen en su mano nuestro espíritu. Si queremos ser cual ellos, adelante, que, en perspectiva tenemos una inmensa barriga grasienta. Si pretendemos cumplir nuestra misión, que es deber, de levantar a España, levantándonos, de la letrina donde tantos seres egoístas vomitan sus basuras, apartémonos.

¿Quien nos formará hombres? Nosotros hemos de hacernos a nosotros mismos. ¿Cómo?

Cuando comprendamos que ser estudiante, es algo más que acudir a las aulas para cosechar en Mayo o Junio unas calificaciones más o menos lustrosas; cuando nos demos cuenta que so-

mos clase y somos casta, con intereses comunes y obligaciones colectivas; cuando no seamos extraños unos a otros; cuando hagamos del deber un culto, y de la libertad un sacerdocio; cuando seamos rebeldes a toda injusticia, o a toda justicia injusta, que tal da; entonces, amigos míos, estaremos formados y podremos empezar a vivir.

¡Rebeldía! Palabra que suena a pecado en los oídos de los tímidos y pobres de espíritu, palabra que les huele a pólvora a los fariseos, cotarristas y zampones, a todos los que en la sumisión incondicional, tienen la base de lo que son y de lo que pueden.

Rebeldía será nuestro lema. Y rebeldía es llamar valientemente a las cosas por su nombre; rebeldía es luchar contra prácticas tradicionales que nos anquilosan; rebeldía es no temer a nada ni a nadie y meterse, si es preciso, con todo lo que se tenía por incommovible. Rebeldía, en una palabra, aquí, es la Verdad.

Para ser rebelde se necesita ser valiente y sufrido; acometedor, estóico y perseverante; tener fé y amar el ideal. Quien no tenga estas condiciones, quien no sea capaz de estas virtudes, claudicará. Y éstos ya no serán de los nuestros.

Pues bien: cuando todos seamos rebeldes, (no contemos a cuatro pobres diablos, que no hay molienda sin salvados); es decir, cuando amemos y practiquemos la Verdad, hija de la diosa Razón, podremos hacer que España se sacuda las escamas y sea rebelde. Esto es, que *España sea Verdad*.

FRANCISCO SÁINZ ROLDÁN

Abrimos un concurso para premiar a quien nos demuestre en qué se distingue un Rector de un Maestro de ceremonias. En las Universidades de antes eran cargos distintos. El Rector solía ser, además, profesor y explicar su cátedra. La misión de los Rectores de hoy consiste en organizar ceremonias en los Paraninfos y en velar, con disciplina inflexible, por la liturgia académica. En alguna solemnidad aparatosa, ha llegado a pasarse lista a los claustros por mano de un bedel. ¡Y luego dicen que no hay vida y entusiasmo en nuestros centros de enseñanza.

M. Berthélemy en Salamanca.

Una conversación sobre la revuelta de los estudiantes de París.



M. Berthélemy, Decano de la Facultad de Derecho de París y prestigioso publicista, ha sido, por unas horas, huestped de Salamanca. Después de explicar en Madrid un cursillo de conferencias, quiso visitar como turista algunas de estas ciudades históricas, que ya conocía de otro viaje por España.

Su figura tenía para nosotros, ahora, un especial interés, por su participación como Decano en los recientes conflictos estudiantiles de París, que tan seriamente amenazaron la vida del ministerio francés y determinaron la dimisión de un profesor reprobado por la masa escolar. Alguien nos previno que M. Berthélemy daría un carácter marcadamente derechista a sus informes, el carácter de toda la algarada escolar parisina. Para nosotros había allí un problema estudiantil que resolver y no habíamos de desaprovechar tan propicia ocasión.

El catedrático Sr. Valenzuela, se ofrece amablemente a presentarnos al profesor francés, que baja de un coche de punto, en el que ha dado una vuelta por la ciudad. Es el tipo del trabajador intelectual. En su cara triste de barba entrecana y ojos quemados por las lecturas constantes, se ve al estudioso para quien la vida académica, la vida de los libros, es toda la vida.

Con gran deferencia, se presta a explicarnos los sucesos estudiantiles de París. Su posición, noble y respetable, es la de un defensor de la dignidad de la enseñanza y de los fueros de la Universidad.

Se trataba de proveer una cátedra vacante en la Facultad de Derecho de París—nos dice M. Berthélemy—. La Facultad hizo su propuesta y el ministro designó a M. Scelle, que no figura en el primer lugar de la terna. M. Scelle había prometido al ser propuesto, que, si resultaba nombrado, cosa que no parecía nada probable, renunciaría inmediatamente; pero al verse nom-

brado, aceptó. Los estudiantes, que le conocían, sabían que, siendo profesor en Dijon, no se ocupaba para nada de su cátedra, entregado por entero a la política. Por eso se negaron a aceptar su nombramiento, protestando violentamente contra él. La protesta iba, además, contra las facultades centralizadoras y despóticas del Gobierno, en el nombramiento de profesores.

El Ministro—nos sigue diciendo el Decano—llenó las aulas de gendarmes, con lo que la protesta arreció con caracteres de verdadera violencia. Las voces se convirtieron en hechos, y hubo asaltos, luchas y heridos. Al principio eran solo los estudiantes, que, con clases de trescientos alumnos, no bajan de tres mil. Luego se fueron mezclando otros elementos: los de *L'Action Française*, gentes ultra-derechistas que aunque forman escasa minoría, meten mucho ruido, y los comunistas, dispuestos siempre a aprovechar todas las algaradas para su agitación.

Llamado por el Ministro, el Decano le aconsejó que anulase el nombramiento del profesor reprobado y que retirase todas las fuerzas de policía de la Facultad. El Ministro le amenazó con destituirle. M. Berthélemy le contestó que el que le sustituyese adoptaría su misma posición y todos los que le sucediesen harían lo mismo. La Facultad en pleno acordó presentar su dimisión si era necesario.

Sobrevino entonces la caída del Ministerio y el conflicto se resolvió con la renuncia del profesor desechado por la masa estudiantil.

Esto fué lo que M. Berthélemy nos refirió.

Sea derechista o izquierdista la orientación de los estudiantes franceses, esta posición de lucha franca y apasionada rebeldía contra los acuerdos despóticos de un Ministro, cuando los estima injustos y atentatorios a los fueros de la enseñanza, no puede menos de merecer nuestro aplauso.

Es necesario que se sepa que los estudiantes, que son los que han de sufrir las consecuencias de la inepticia de un profesor incompetente, deben tener una participación esencial en su nombramiento y desecharlo por todos los medios, cuando sea fundada y notoria su incapacidad. Sin este voto decisivo del pueblo escolar, la selección del profesorado no será nunca lo que debe ser.

Y la digna actitud de este Decano que sabe anteponer a todo su misión de representante de los intereses de la Universidad, por fuerza tiene que merecer nuestro respeto, acostumbrados como estamos aquí a que cuantos desempeñan un cargo académico por nombramiento gubernamental vean en la Universidad un feudo y hagan todas las indignidades imaginables para conservarlo.

QUIENES DEBEN ENSEÑAR

EL Colegio de Doctores y Licenciados en Ciencias y Letras de Valladolid se ha dirigido á la opinión intelectual exponiendo «la conveniencia de realizar una acción común, con el fin de conseguir de los poderes públicos que se dicte una disposición que evite que, en lo sucesivo, puedan dedicarse a la Enseñanza quienes no posean el título académico correspondiente, entendiéndose como tal el de Maestro o Licenciado o Doctor que tenga aprobados los estudios de Pedagogía, para la Primesa enseñanza; el de Licenciado o Doctor en Ciencias o Letras para la Segunda enseñanza; y el Doctor o Licenciado con reválida, para la enseñanza universitaria, análogamente a lo exigido al profesorado oficial».

Quieren «que el Estado ejerza la inspección tutelar que es indispensable, pues aparte de los colegios incorporados, para los que existe una legislación deficiente y con algunas excepciones inadmisibles, los demás funcionan libremente sin que se exija la menor garantía pedagógica ni científica a sus profesores».

Y entienden «que ha llegado el momento de que, unidos en una aspiración común cuantos tenemos el deber de velar por el prestigio y perfeccionamiento de la enseñanza, emprendamos activas gestiones hasta lograr que el Estado prohíba la función docente a quien no esté capacitado oficialmente para ejercerla, y autorice a los Colegios Oficiales respectivos para verificar las inspecciones necesarias que eviten que la ley sea vulnerada».

«Para la realización de este justísimo de-

seo», piensan que «debe iniciarse una activa campaña que haga conocer al país, y muy especialmente a los padres de familia, el enorme absurdo de tolerar que sus hijos reciban educación científica de quienes carecen de toda garantía, error comparable al de entregarles, en momentos de grave enfermedad, a cualquier curandero, que con vistosos anuncios y halagando la vanidad humana, recibiera a sus clientes en lujosa clínica, en la que hubiera de todo menos la competencia necesaria para ejercer su delicada profesión».

Gustosos recojemos estas afirmaciones de los Doctores y Licenciados de Valladolid, que en buena parte se armonizan con los ideales de enseñanza que ha de defender nuestro periódico. Y como muy pronto hemos de combatir razonadamente este absurdo intolerable de la llamada «enseñanza libre», nos limitamos aquí a manifestar nuestra adhesión a la campaña que inicia el Colegio vallisoleitano. Digamos, sin embargo, desde ahora, que el problema de capacitación para la enseñanza no es, para nosotros, un problema de títulos burocráticos exclusivamente, sino un problema de idoneidad efectiva. Y si la enseñanza no debe ponerse en manos de quien no ofrezca una garantía profesional, hay también muchos que, empapelados de todos los títulos, será necesario eliminar por incompetencia notoria e incurable cuando llegue la hora de proceder a la selección ineludible del profesorado. Capacidad real, demostrada, de verdadero maestro y no una capacidad ficticia sobre el papel: este es nuestro lema.

Los corresponsales de EL ESTUDIANTE en el extranjero.

ASPIRA nuestro periódico a tener en los más importantes centros académicos de otras naciones corresponsales que le informen con cierta regularidad de lo más saliente del movimiento intelectual y estudiantil y que, al mismo tiempo, difundan y den a conocer esta revista como órgano de la juventud escolar española.

Hasta ahora, y provisionalmente, contamos con los siguientes corresponsales, que hemos de ir sustituyendo y completando poco a poco, con carácter definitivo, conforme lo permitan las circunstancias:

República Argentina: D. Martín García, librero, t. 1119.—*La Plata.*

Cuba: D. Francisco Suárez Canella, Muralla, 119.—*Habana.*

Francia: D. Carlos Esplá, Hôtel de Flandre, rue Cujas.—*París.*

Italia: D. J. Xiráu, Frascati.—*Roma.*

Alemania: Herr. Dr. H. Preiss, Buchhandlung Gertraudtenstz 4. 19.—*Berlín.*

o o o

De nuestra representación en *Zaragoza* se ha hecho cargo D. Fermín Gutiérrez Muro, Azoque, 90, en sustitución del Sr. Costero.

“En esta hora histórica...”

CUANDO ya agoniza el curso, llega a nuestras manos el entusiasta llamamiento que EL ESTUDIANTE hace a todos los que sienten la noble emoción civil de la cultura. Ese vibrante y cordial llamamiento, hecho por un grupo de jóvenes, en esta hora histórica porque atraviesa España, en pleno abril, tiene todo el sentido ideal de la Primavera como Resurrección. Es como una afirmación de nueva vida por el renuevo de la Juventud...

Pero toda Resurrección implica fatalmente una previa Pasión. Y de verdadera pasión puede calificarse la situación que viene atravesando desde hace algún tiempo gran parte de la Juventud española, esa Juventud que ignora o aparenta ignorar lo que pasa en su alrededor. En esa Pasión, en esa tragedia social que está desarrollándose y de la que es protagonista la Juventud, la aparición de un núcleo que, plebiscitario de ideales, se rebela contra el amodorramiento actual, equivale a una ardiente profesión de fé, a tener conciencia de su destino histórico.

Los estudiantes, solicitada su curiosidad por múltiples preocupaciones pueriles, parecían desentenderse de sus propios problemas, y hace tiempo que se han desviado de su verdadera ruta. Ya es hora de que vuelvan a ella. Ya es momento de que polaricen en el sentido que les indica su propia personalidad las energías que hoy consumen inutilmente en varias actividades. Porque la Juventud, contra lo que se afirma constantemente, tiene valor substantivo. Ser joven, no quiere decir solamente aprendiz de hombre. Ser joven es bastante más que eso. Es vivir plenamente la vida de

la Juventud. Y sólo cuando se ha sido joven y se ha vivido como tal, se ha podido más tarde, el llegar a su plenitud, ser hombre. ¡Por eso importa tanto ser verdaderamente joven..!

Y no se es joven cuando se vive como viven los viejos. La Juventud por el contrario, es impulso, es acción. La Juventud, es puro dinamismo... Pero la acción es, por sí misma, ciega. Por eso la acción debe ser impulsada por el Ideal. La verdadera Juventud esta hecha de ideales; es pura generosidad.

Y sobre todo, la Juventud tiene una conciencia humana que debe cultivar amorosamente. No debe consentir jamás que su incipiente conciencia profesional acabe por dominar y aniquilar su conciencia humana. Antes que profesión somos hombres. Y si alguna vez surge conflicto entre la profesión y lo humano, que perezca lo profesional que es particular y que perviva lo humano que es universal y eterno.

A la Juventud no puede serle indiferente nada que sea humano. Por eso su espíritu debe sufrir la inquietud del momento, y en todo instante tiene que sentir la emoción civil que, como imperativo de dignidad, reclaman las circunstancias.

Eso ha sido la Juventud en las épocas en que alcanzó la máxima eficacia. Eso volverá a serlo nuevamente. Para ello hace falta una ruda labor de arado sobre la tierra entumecida. La aparición de EL ESTUDIANTE puede ser la llegada de quien viene a sembrar lo que, interés de todos, debe ser la futura y pródiga cosecha...

RODOLFO LLOPIS

Cuenca.

Un ilustre personaje, visitando la Universidad de Sevilla, tuvo estas palabras geniales de saludo que acusan de modo bien patente su clara visión de la realidad y su noble franqueza proverbial: «La Universidad es un ejército y sus profesores son como los jefes y oficiales del otro.»

Ya lo sabemos, amigos; hace mucho tiempo que lo ha dicho nuestro señor y maestro Enrique Heine:

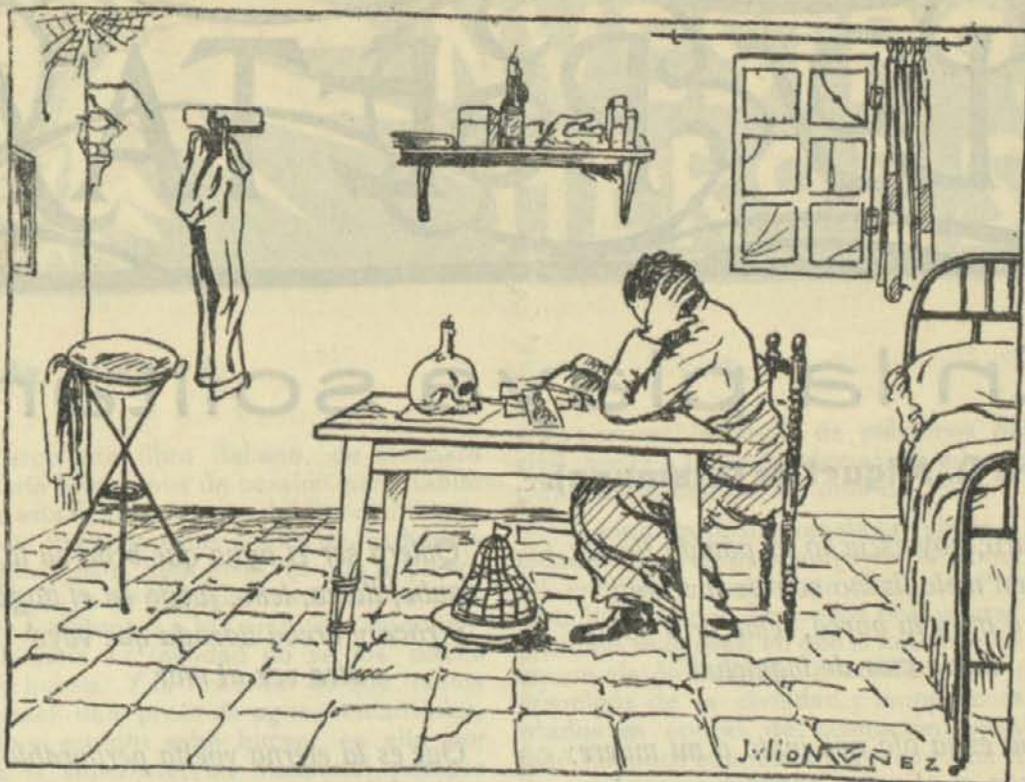
—No hay más que pronunciar la palabra «asno» y al minuto tendréis ante vuestra re-

dacción un ejército de largos orejudos clamando con los clarinczos de sus rebuznos contra la alusión.

¡Señores, señores: menos sinceridad!

Se dió una real orden disponiendo que las Escuelas nacionales tuvieran que ser regentadas por maestros con título.

Las «Damas católicas» piden ahora que se derogue esa disposición. Según ellas, para ponerse al frente de una Escuela no debe exigirse más título que el de... católico.



¡PRIMAVERA!

El deber del estudiante

EN el editorial del primer número, como declaración de esta nueva y simpática Revista, hallamos, entre otras, las siguientes certeras palabras: «solo el estudiante puede infundir a los decrepitos cuerpos de enseñanza, el aliento de vitalidad que los reanime e incorpore con energías creadoras».

He aquí, brevemente condensado, todo un programa, cuya realización ha de ser obra principal, casi exclusiva, de la juventud escolar, según ahí se promete. La redención de la enseñanza, habrá de operarse necesariamente por el esfuerzo interno y cordial de los dos elementos que constituyen la actividad docente: los maestros y los alumnos. Mas a éstos corresponde, aún antes que a los primeros, la participación decisiva en el propósito. He aquí, brevemente apuntada, alguna de nuestras razones.

La Universidad española—y así los demás cuerpos académicos—hállanse aquejados del mal vergonzoso que tiene postrado al organismo nacional: el analfabetismo endémico y agudo. En este caso, se trata, claro es, del analfabetismo más contumaz: el analfabetismo por desuso. Aún cuando se escandalicen los pacatos, hemos de declarar que abundan los catedráticos españoles perfectamente analfabetoides, como ha evidenciado en sus andanzas universitarias, nuestro inseparable compañero el Licenciado Torralba.

Ahora bien, ¿cabe que haya Universidad, ni enseñanza superior digna de este nombre, a base de tan lamentable realidad? En vano los profesores, que lo son por su cultura y celo profesional, aplícense a rendir el máximo esfuerzo con su alumnado. La obra universitaria no podrá ofrecer el deseable resultado, mientras lo que hoy es minoría respetable y fervorosa no constituya la mayoría, sino la totalidad, del profesorado adicto a la enseñanza superior. Y esto, el alejamiento de los inútiles, así como la formación del ambiente propicio para que ingrese en la Universidad solo quien tenga algo que enseñar, habrá de ser empeño fundamental de los mismos escolares. ¿Cómo? Exigiendo cada día más a sus profesores, desertando de las aulas vacías de doctrina y de espíritu, cumpliendo a su vez, con este deber esencial, único del estudiante: estudiar.

Dice, pues, bien, el editorial de esta nueva y simpática Revista: *solo el estudiante podrá vivificar la enseñanza*. El día en que los escolares españoles se penetren de esta verdad y decidan, con su actitud y también con su conducta—el ejemplo del estudiante para el maestro ¡qué excelente, hondo, inexcusable ejemplo!—llevarla a realidad, ese día lo será de verdadera, gloriosa salvación para la Universidad española.

LUIS SANTULLANO

LOS POETAS

En la playa solitaria.

(Para D. Miguel de Unamuno).

*Maestro; hoy escucho la pánida flauta:
tiene un melodísimo son de juventud.*

*Quiero ir en tu barca, temerario nauta
de un mar de inquietud.*

*Caricia es la ola que junto a mi muere;
recuerdo es el grave son del caracol;
gaviota es el alma viajera, que quiere
volar hacia el Sol.*

*Con Sol, aire y agua dulce es el vivir
¡Salud y ventura! La felicidad
dicen que es como una gana de dormir
en la eternidad.*

*¡Oh, la paz, que es muerte, silencio y remanso!
Maestro Unamuno, tú sabes decir
dónde está la vida. Ni paz ni descanso,
que eso es el vivir.*

*La vida en la lucha, rica y desbordante
como la mar, fuerza, misterio, amargor;
como el mar profunda, como el mar cambiante
siempre en su color.*

*Quiero ser el agua que broa en la playa,
nube, lluvia, leño, fuego en el hogar
y roca y arena dorada que vaya
otra vez al mar.*

*Que es la eterna vuelta perdurable vida,
triumfal primavera que torna al jardín.
Sea pues mi muerte punto de partida,
principio y no fin.*

*¡Mar, besas la arena y azotas la peña
palpitas y sientes como un corazón!
¡Siempre eres distinto. nadie te doma;
eres la pasión!*

*No hay norma en tu ritmo ni es tu metro fijo;
lloras y te ríes, profundo y banal;
inquieto y curioso, tu espíritu es hijo
del Bien y del Mal.*

*Que el Bien solo, cansa y el Mal entristece.
Ante el misterioso reino de Neptuno
tu imagen inquieta aparece,
Maestro Unamuno.*

Madrid 5 de Mayo de 1925.

FRANCISCO VIGHI





NUESTROS HEROES

Cino de Pistoia.

UN excelente libro italiano, de Gennaro María Montí, nos da ocasión para hablar de esta figura poderosa del Renacimiento, que merece traerse a estos anales de los héroes del espíritu. Triste, bien triste es que la juventud de hoy haya de ir a buscar sus héroes a las páginas de los libros o a los archivos amarillentos de la historia. La realidad no se los ofrece de carne y hueso. Y la historia, de que tantos quieren hacer una presa de aguas remansadas, es, cuando el espíritu sabe bucear en ella por debajo de la superficie, un manantial siempre vivo de alientos para la lucha de todos los días.

El que se para en la superficie, es el arqueólogo que hace del pasado un museo; el verdadero historiador, sabe percibir el perfume de los hechos, su vida, la sangre que discurrió por las venas ya petrificadas.

Y las grandes venas de la historia son los hombres, los grandes hombres y los hombres de la masa, con sus ideas con sus pasiones, con sus luchas. Epoca de la vida de un pueblo en que no las haya, no es trozo de historia, sino un pedazo de carne muerta, pasto de gavilanes o pasto de gusanos.

Pocas épocas de la historia tan plétóricas de vida, tan palpitantes de pasión, como el trecento italiano, vivísima llamarada del espíritu en las letras y en las artes, y sacudida formidable de libertad contra todos los vínculos de sujeción de la Edad Media. En esta era turbulenta de luchas políticas y de combates ideales, levanta su antorcha de rebeldía y de insumisión Cino de Pistoia.

Como legista, Cino da el primer grito de heterodoxia contra el dogmatismo de los glosadores y se sale de los textos venerandos a buscar el soplo vivificador de la realidad en los hechos de la práctica viva.

Pero, más interesante que su personalidad de jurista renovador, revolucionador de los métodos anquilosados, es el valor de su figura humana como luchador apasionado contra todos los tiruelos y despotillas que infestaban en aquel siglo las ciudades italianas, subidos aquí y allá sobre el pavés por un puñado de pretorianos facciosos. Hombre de leyes es hoy, para nosotros, sinónimo de cliente servil, enfeudado por oficio a los dignatarios de la fuerza, sean quienes fueren. Es una revelación casi milagrosa para los tiempos que vivimos, la de estos juristas de otro siglo, que supieron poner por encima de todo, con el sacrificio constante y supremo de su vida

y su persona, la misión de paladines del Poder civil, frente a todas las demasías arbitrarias, incompatibles con un régimen de justicia.

Contra los desmanes de la Iglesia y la voracidad de sus representantes en el poder temporal, combatió tenazmente Cino de Pistoia, en aquellos tiempos devorados por oscuras preocupaciones religiosas, en que la más leve insumisión era un alarde heroico. Y contra otros poderes, enemigos de la civilidad y tantas veces descarriados en épocas de postración social, no le faltó tampoco el apóstrofe de condenación viril:

«Quid de militibus nostri temporis?...

Si enim sunt milites qui vacant armis, et qui parati stant pro defensione Reipublicae, vel Civitatis, vel Regis vel Domini sui, sicut sunt milites qui stant in Apulia, videntur posse dici quod privilegia militaria dicuntur habere. Quod raro de nostris militibus dici potest qui vacant mercaturis et negotiis privatorum, et multi reperiuntur qui nescirent se armare, et qui vilissimas artes exercuerunt, et demum cinguntur ense, balneantur aqua, et antecedunt in potu, et in honore pellis varii, et decoratorum calcarium cum quodam prerogativa reverentiae salutantur, et satis in hoc privilegio gaudent, de aliis privilegiis militibus non sunt digni».

Claro está que este su insigne valor moral, había de valerle persecuciones, luchas, destierros, a que no se rendía su espíritu de legista ni de hombre. Aunque ya entonces se conocían esos viejos recursos de las dietas y de los estipendios, con que los poderes triunfantes de hoy y de siempre saben comprar al peso la sumisión de todas las fuerzas del espíritu. Cino de Pistoia, que enseñó como maestro genial, los más célebres estudios de Italia, no llegó a ser Rector de ninguna Universidad...

Y con la personalidad del jurista y del luchador se fundía en él la sensibilidad dulcísima del poeta. Cino dejó nombre notorio en las letras italianas, al lado de los de Dante, Petrarca y Boccaccio, sus coetáneos y amigos. Bajo la toga del árido hombre de Derecho, seguía discurriendo en las honduras de su espíritu, vivo y fecundante, el manantial de los sentimientos humanos. Sus versos mejores fueron versos de amor a una mujer, y un contemporáneo le llama «gran amador» (*maximo amator*). Pero su mayor amor fué el amor de la civilidad y la justicia.



Los batallones del proletariado.

EN el calendario hay santos para todas las procesiones. Uno de los más socorridos para los publicistas que se han dado al «sport» frívolo de los socializantes o han hecho de ese juego una profesión lucrativa, es ese San Trabajo, que los clérigos del obrerismo taritado celebran anualmente con misa cantada en los extraordinarios periodísticos del 1.º de Mayo. ¡Qué lucida procesión de obispos, arzobispos, canónigos, beneficiados, capellanes y monaguillos del culto al Trabajo... ajeno, desfila ante nosotros, grave y majestuosa, en ese día primaveral! ¡Qué sonoros cantos de antifona y qué oloroso incienso el de estas procesiones que en tal día salen todos los años de la Casa del Pueblo, en nutridas columnas de papel, rotas aquí y allá por algún estandarte bordado en las monjitas del Sagrado Corazón (mientras las obreras de la aguja se mueren de hambre, acuciadas por la concurrencia invencible del convento), rojos de fuego revolucionario por un lado y por otro lado azul celeste, color de Purísima, para satisfacer a todos los gustos!

Para los aficionados a lo pintoresco, no habrá muchos espectáculos más divertidos. Los fieles congregantes de este culto no necesitan revestirse con los disfraces de las congregaciones procesionales de Semana Santa! ¿Para qué? Aquí somos dulces y compasivos, entendemos de flaquezas y miserias humanas y sabemos disculparlas. Y además, los congregantes no suelen andar muy sobrados de pudor. No, no, a cara descubierta. Así el espectáculo es más bonito.

Un lucido contingente en estas procesiones lo dan siempre los catedráticos de Universidad, no hay para qué decirlo; y casi parece esta una religión inventada por catedráticos, para distraer sus ocios (¡es tan descansado el cargo y se aburre uno tanto en el café y en el casino!) y para aumentar un poco con los dineros de los responsos socializantes y las derechos de pie de altar (las misitas de la Prevención, los diezmos del Seguro social, el *venganós* de las dietas...) el sueldo de hambre que paga el Estado explotador. ¡Señor, Señor, es tan amarga la vida y son tan dulces los pasteles!

Sí, es muy graciosa, graciosísima, la procesión

del 1.º de Mayo. Cada año más graciosa. Allí, aquél tribuno que, mesándose la grasienta cabellera, clama contra todas las injusticias sociales y canta las reivindicaciones santas del obrero, no es un peón de albañil ni un cargador de muelle, aunque por su prosa lo parezca. Es (¡naturalmente!) un profesor universitario que acaba de dejar los trabajos del oficio con que se dobla en homenaje de rendida pleitesia ante el Virrey de la tribu. Apenas ha tenido tiempo de quitarse la muceta para venir a formar en las filas, rebeldes e insumisas, del Trabajo. Aquél otro que escupe y vomita tan fiero anatemas contra todos los explotadores y tiranos, acaba de dejar la cámara del gran Pretorio, los aposentos del Procónsul o la tertulia del cacique latente, donde tanto hacen reír sus piruetas y sus gracias ¡Y es el que abre este año la marcha de las huestes obreras! ¡Es la vanguardia de la manifestación metafórica del proletariado!

Oid, oid, que es muy nuevo (y aunque os resistieseis a leerlo, ya se os metería por los oídos, que quiéras que no, por radiotelefonía):

—«Es necesario incorporar las aspiraciones socrosantas de los obreros a los respectivos *cuerpos legales*...»

Ya sabemos cuales son esos *cuerpos legales* «respectivos». Son *cuerpos* bien nutridos y bien descansados; cuerpos de boca insaciable por donde se cuelan en forma de toda clase, traducidas en todo género de *enchufes*, las aspiraciones de la clase obrera; de esa clase obrera que les hace coro y se queda pasmada y boquiabierta de gusto ante el estandarte en rojo y en azul celeste, bordado por las monjitas del Sagrado Corazón... Esos, esos son los *cuerpos legales*; los cuerpos (boca, estómago, tripa) de... ¿Para qué dar nombres? ¡Tendría que ser tan larga la lista! Pero, en la mente de los que para si la hagan, habrá de darse lugar preferente a los catedráticos de Universidad.

¿No pediais una identificación de la Universidad con el pueblo y un consorcio de la ciencia con la realidad *práctica*? Pues ahí lo teneis. Esos lucidos y orondos *cuerpos legales* son un bien sólido lazo de unión...



La Universidad de Salamanca.

Esto que el vulgo llama «la Universidad» no es más que la fachada de la Universidad. Ingleses y alemanes, portugueses y franceses, japoneses y chinos... cuantos llegan a Salamanca en peregrinación de arte, se descubren con respeto ante este estupendo pañolón de Manila bordado en piedra. Después, si conocen el terreno que pisan, vuelven por la calle de Calderón y dedican el tiempo de que disponen a las Catedrales. En la Universidad ni siquiera entran. ¿Para qué? ¿Quién no sabe ya que lo más importante de la Universidad salmantina es la fachada?

Los admiradores de la polilla y las telarañas han querido presentar la Universidad como una escuela en que se enseñaba. Nunca se enseñó más que la manera de adormecer a los estudiantes para que no vieran cómo avanzaba la vida en torno suyo.

Una mano meritísima trazó esa artística portada. En el medallón griego, que aquí no sabe leer nadie desde que falta Unamuno, dicen que dice la siguiente copla del tiempo de Pericles:

Soy propiamente lo mismo
que la casa de Astrarena,
que tiene mucha fachada
pero poquita vivienda ...

Libros recibidos.

Luis Calandre, Trastornos del ritmo cardiaco. Madrid 1925.

José Manuel Camacho, Abanico, caduceo y otros poemas de esperanza. Reus 1925.

J Barvzi, Saint Jean de la Croix et l'expérience mystique. Paris.

Pío Baroja, La nave de los locos. Madrid. 1925.

Minerva-Zeitschrift.

R. Menéndez Pidal, Juglares y poesía juglaresca. Madrid 1924.

De algunas de estas obras haremos oportunamente un juicio en nuestra sección bibliográfica.

GAVDAMVS

ESTA, es compañeros, la canción del «punto vista...»

Cuando estudiábamos Filosofía en el Instituto, el profesor quiso hacernos secuaces del racionalismo. Y lo consiguió fácilmente, porque solo aprobaba al que sabía bien el libro donde él había expuesto sus doctrinas. Más tarde, en la Universidad, el catedrático que nos explicaba Lógica, nos convirtió al relativismo; no tanto por la claridad de sus exposiciones, como por la exquisita amabilidad con que los estudiantes nos adherimos siempre a las opiniones de los han de examinarnos. Desde entonces, hemos vacilado entre el relativismo y el racionalismo...

Hoy, gracias a tí, ¡oh dilecto maestro!, sabemos que ni una ni otra manera de pensar son verdaderas. La verdad reside en una tercera opinión: la del «punto de vista» de la «perspectiva».

Si, amigos, sí: «la realidad cómica es tal, que solo puede ser vista bajo una determinada perspectiva» y «la divergencia entre los mundos de dos sujetos no implica la falsedad de uno de ellos.»

¿Creeis acaso que el hombre debe apasionarse por los ideales? ¿Admirais a los que por ellos han dado su vida? ¡Pues sois unos retardatarios! Nuestro maestro ha encontrado, gracias a la teoría del salvador «punto de vista», un elegante medio para demostrar que los ideales de los pueblos y los hombres (la libertad, la civilidad, la justicia) son buenos para contemplarlos y para exponerlos, donosamente aderezados, en bellos artículos; luchar por ellos, con el sacrificio de la vida o de la comodidad, es propio de seres inferiores.

El «punto de vista» sirve también para demostrarnos que toda la culpa de nuestros males la tienen, no los intelectuales que han hecho de su misión orientadora un sabroso deporte, grácil y elegante, sino las masas del pueblo que se obstinan en no seguir apasionadamente sus salvadoras jugadas de raqueta o sus partidas de *golf* con las ideas y los conceptos.

El «punto de vista» nos demostrará también cómo un genio pueda ser, sin detrimento de su fama, filósofo entre novelistas y novelista entre filósofos y ninguna de ambas cosas a la vez. Para filósofo nos falta la seriedad de espíritu, que no es precisamente la pedantería, que de ésta andamos bien sobrados: para novelista nos falta un pepueño detalle: la imaginación, la fuerza inventiva. ¡Cuánto daríamos, eximio maestro,

por liquidar nuestro baratillo filosófico a cambio de una novela medianamente escrita! Y ciertamente que, con ello nada saldría perdiendo la historia de la filosofía contemporánea. Pero también el «punto de vista» providencial sirve para encubrir estas pequeñas debilidades...

Lo malo es que acabará por apagársenos aquella lucecita filosófica tan cuidadosamente encendida en Alemania y que aún conserva un poco de pábilo. Y el día que se apague por completo, no habrá «perspectiva» ni «punto de vista» que nos salve del naufragio.

Entretanto, ¡vitor, maestro dilecto, filósofo de la moda y las elegancias, de la frivolidad y de la seda! Vitor a tí y a tu selecta cuadrilla filosófica, a tu equipo de deportistas de las ideas! Vuestra vanidad puede estar bien satisfecha del daño que habeis causado a la juventud intelectual de España.

* * *

No podemos publicar, por falta de espacio, una modesta nota que nos envía «un querido amigo nuestro e ilustre colaborador», con un informe de no sé que Consejo, de esos que se otorgan «a instancia de parte» y pagando una póliza de peseta. Pero conste que también nosotros tenemos colaboradores que son «ilustres», «prestigiosos», «eruditos», «sabios», «eminentes»... Al menos, así lo afirma de sí nuestro amigo en su nota.

* * *

Leemos en un artículo:

«La novela es, para el Sr. Ortega Gasset, la armadura de un paraguas...» ¿No se ofenderán los paragueros de esta comparación metafórica? ¡Porque hay cada novelista...!

* * *

Hay que amar a la Universidad, con todos sus vicios y defectos, y reverenciarla, porque es nuestra madre (4.º: Honrar padre y madre). Así decía el otro día no sé que cometón académico, de esos de cola. Y no está mal la teoría *matriarcal*; aunque no es nada nueva. Lo malo es que la madre no come. Los que comen son los Padres; y sus hijos... espirituales.

* * *

«No me aprobará nadie que no se sepa la fecha de la paz de Westfalia... ¡Caramba, caramba! ¿Y cuando diablos fué la paz de Westfalia...?»

Guía profesional

MÉDICOS

DOCTOR QUINTANA.—Médico-dentista. Rúa, núm. 7.

DOCTOR ISIDORO JUAREZ.—Medicina general. Avenida de Mirat, 14.

DOCTOR CASTAÑO.—Médico dentista. Quintana, 5 y 7.

DOCTOR SANDOVAL.—Médico, Rayos X. Plaza de los Bandos, 1.

DOCTOR GONZALO GARCIA RODRIGUEZ.—Medicina general. Plazuela Episcopal, 3.

DOCTOR SERAFIN PIERNA.—Medicina general. Doctor Riesco, 2.

DOCTOR J. MONTERO.—Riñones y vías urinarias. Corrales, 10, 2.º

DOCTOR MEZQUITA.—Garganta, nariz y oídos. Rúa, 8

DOCTOR PRIMO GARRIDO.—Catedrático de la Facultad de Medicina. Sánchez Ruano, 22.

DR. JULIO PEREZ MARTIN.—Ginecología. Ramos del Manzano (Cuatro calles).

DR. FLORINDO CONDE.—Médico. San Justo, 10.

DR. MUÉLLEDES.—Dispensario de enfermedades secretas. Calle del Jesús, 7.

DOCTOR ARTURO SANTOS.—San Pablo, 14 y 16.

DOCTOR PABLO UNAMUNO.—Médico dentista. Perez Pujol, 9.

DR. LUIS INFANTE.—Garganta, nariz y oídos. Doctor Riesco, 58.

DR. ANTONIO TRIAS.—Catedrático de la Facultad. Cirugía, Rúa, 25.

Dr. PEÑA.—Enfermedades urinarias. Consulta de once a una.—Dr. Riesco.

DOCTOR SOLER.—Medicina general. Consulta de doce a dos. San Justo, 49.

DOCTOR BECERRO BENITO.—Auxiliar de la Facultad. Paseo de Canalejas 7.

Doctor Eloy D. BELLIDO.—Oculista Ramos del Manzano, 25 (cuatro calles).

Doctor ADOLFO NUÑEZ.—Profesor de la Facultad. Cirugía general. Doctor Riesco, 36.

DOCTORES J. y E. SANCHEZ SALCEDO.—Medicina interna. Rayos X. Laboratorio de análisis clínicos. Plaza de la Libertad, 9.

DOCTOR CAÑIZO GARCIA.—Medicina general. Catedrático de la Facultad, consulta de once a una. Avenida de Mirat, 31.

DOCTOR CORTES.—Piel, venéreas y sifilíticas. Consulta de once a una y de cinco a siete. Catedrático de la Facultad. Sol Oriente, 9.

DOCTOR GAITE VELOSO.—Medicina general. Auxiliar de la Facultad. Plaza San Juan de Sahagún.

DR. DIEZ RODRIGUEZ.—Cirugía. Profesor del Hospital. Meléndez, 36.

DOCTOR GOMEZ DIEZ.—Oculista. Doctor Riesco, 38.

DOCTOR FIRMAT.—Enfermedades de la infancia. Consulta de doce a dos. Plaza Mayor, 35, segundo.

DOCTOR POBLACION.—Ginecología. Catedrático de la Facultad. Azafranal.

DR. PRIETO CARRASCO.—Medicina general. Auxiliar de la Facultad. Consulta de once a una. Jesús, 3.

DOCTOR VICENTE TAPIA.—Auxiliar de la Facultad. Análisis clínicos. Consulta de once a una. Sánchez Ruano, 27.

DOCTOR AMADEO SANTA MARIA.—Piel, venéreas y sifilíticas. San Pablo, 38.

DR. ANTONIO DOMINGUEZ.—Enfermedades de garganta, nariz y oídos. Doctor Riesco, 38, principal.

DR. FILIBERTO VILLALOBOS.—Rayos X. Plaza de la Libertad.

DR. PABLO B. HEREDIA.—Cirugía. Doctor Riesco, 70.

DR. JOSÉ MÉNDEZ PÉREZ.—Del Hospital de San Juan de Dios. Piel y sifilíticas. Mercado, 54.

DR. SERAFIN GIL.—Médico-dentista. Dr. Riesco, 12 y 14.

MATIAS LUDENA.—Especialista en enfermedades de la boca y prótesis dentaria. Plaza Mayor, 10.

DR. FRANCISCO MÉNDEZ.—Ginecología. Sánchez Ruano, 3.

Señores Abogados en el ejercicio de su profesión.

D. JOSE GARCIA REVILLO.—Catedrático de la Facultad. Plaza San Julián, 21.

D. FLORENCIO MARCOS MARTIN.—García Barrado, A.

D. TOMAS MARCOS ESCRIBANO.—Consuelo, 18.

D. RICARDO SANCHEZ MARTINEZ.—Meléndez, 7, duplicado.

D. ANTONIO DIEZ AMBROSIO.—Plaza de San Julián, 9.

D. RAFAEL CUESTA GONZALEZ.—San Julián, 28.

D. RAFAEL GONZALEZ COBOS.—Azafranal, 7.

D. FERNANDO ISCAR PEYRA.—Corral de Villaverde.

D. LUIS MARTIN DE LAS CUEVAS.—Calle de Arriba.

D. FRANCISCO RUIPEREZ CRISTOBAL.—Peñaranda.

D. MANUEL REYMUÑO TORNERO.—Doctor Riesco, 44.

D. CARLOS GUTIERREZ CEBALLOS.—Sánchez Barbero, 17.

D. ENRIQUE RODRIGUEZ MATA.—Catedrático de la Universidad. Doctor Riesco, 66.

D. JOSE CIMAS LEAL.—Azafranal. número, 17.

Señores Procuradores

D. BLAS SANTOS FRANCO.—Azafranal, 5.

D. EDUARDO JARRIN GARCIA.—Ronda de Cliput, 43.

Señores Ortopédicos

FRANCO.—Isla de la Rúa, núm. 1. pral.

D. FRANCISCO F. MORA.—Ortopédico. S. Justo, 30.

